

María Eugenia Aubet Semmler (Barcelona, 30 de abril de 1943-Barcelona, 18 de febrero de 2024)

Marisa Ruiz-Gálvez Priego

Catedrática de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.95920>

María Eugenia Aubet nos dejó el 18 de febrero. Llevaba los últimos años muy enferma, pero pocos lo sabían. Yo no ignoraba que tenía el corazón delicado, que debía cuidar la tensión, pero desconocía su problema renal. No fue sino cuando su hermana María José, y sus amigas y discípulas de Barcelona me lo comunicaron, que supe lo duros que habían sido para ella los últimos años. Fue siempre muy reservada en todo, muy especialmente, en lo que afectaba a su intimidad.

María Eugenia Aubet es, sin duda para mí, la personalidad más relevante que ha producido la Arqueología Española de la segunda mitad del siglo XX y la de mayor proyección internacional.

Alumna dilecta del Profesor Maluquer de Motes, éste le procuró una excelente formación teórico-práctica, de la que ella recordaba con especial cariño los cursos de verano en Bordighera con Nino Lamboglia, en los que tanto aprendió de cerámica y de metodología arqueológica. María Eugenia heredó de su maestro su interés por el mundo oriental y por Tartessos. Su tesis, dirigida por Maluquer, se centró en el estudio de los marfiles orientalizantes de Praeneste. Esa investigación le daría una buena base para abordar años después, desde su puesto de investigadora en el Instituto Milà i Fontanals del CSIC, que obtuvo nada más defender su tesis, el estudio de los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir, trabajo exhaustivo que publicó en dos volúmenes.

Pero María Eugenia no era sólo una excelente y concienzuda investigadora, tenía además vocación docente y doy fe de su facilidad innata para transmitir y para convertir en fácil y ameno lo que era difícil y, en muchos casos, árido. Por eso, pronto dio el salto a la Universidad. Tras un breve paso como

catedrática por la Universidad de Málaga en 1983, ese mismo año ganó la cátedra de la Universidad Autónoma de Barcelona, en la que permaneció hasta 1992, año en el que la recién creada Universidad Pompeu Fabra, le ofreció una plaza de catedrática, en la que se jubiló como emérita, en 2023, muy poco antes de su muerte.

María Eugenia tenía fuertes convicciones, también políticas, y era una persona libre. Nunca dio clase en catalán, pero convivió amigablemente con quienes lo hacían.

Su libro, *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, fue siempre mi envidia. Porque es el tipo de libro fácil, ameno, pero con enjundia pese a su relativa brevedad, que a mí me hubiera gustado ser capaz de escribir. Debido a su profundo dominio de la materia y también, seguramente, a su mente ordenada y sistemática, tan alemana, sabía exponer los temas fundamentales con claridad, sencillez y brevedad. Hacía fácil lo difícil. Ella me contaba, sin darle importancia, que el libro era básicamente sus apuntes de clase, y que lo había escrito pensando en sus alumnos y en procurarles un manual en el que se pudieran apoyar. Las muchas reediciones y reimpressiones que ha tenido y su traducción al inglés, por no decir las innumerables citas académicas que ha cosechado, son pruebas de esa facilidad innata que tenía para explicar amenamente la historia.

De María Eugenia se han publicado obituarios hasta en los periódicos online, contando sus cientos de publicaciones, su interés por la Arqueología tartésica primero y, casi de forma natural, por la fenicia colonial, después, así como su importantísima labor en Tiro, tanto en la necrópolis de El Bass como en la acrópolis tiria, fruto de cuyos trabajos han

sido varios volúmenes y artículos en diversos idiomas, con relevantes aportaciones para el conocimiento de los niveles más desconocidos de Tiro, aquellos que se refieren al final de la Edad del Bronce y los inicios de la Edad del Hierro. Momentos cruciales, porque en ellos se forjan los cimientos, materiales, políticos e ideológicos, de lo que será la ciudad de Tiro como gran potencia comercial, fundadora de colonias en todo el Mediterráneo. Así que, con el permiso de los editores de *Complutum*, me voy a tomar la libertad de no insistir más en ello y, por el contrario, hablar de aquella otra María Eugenia que yo conocí, de las cualidades que más la he admirado y, también, por qué no, de sus defectos, porque es la mezcla de unos y otros, lo que hace humana a la persona que recordamos y conmemoramos. Y porque me niego a escribir una hagiografía o un texto puramente académico de alguien por quien he sentido cariño y admiración a partes iguales.

María Eugenia fue una persona enormemente generosa y nada pagada de sí misma. Tenía esa rara cualidad de los que verdaderamente son brillantes, de no darse importancia y, por el contrario, valorar lo que hacían los demás. Y era sincera en lo uno y en lo otro.

Sin que nos conociéramos de nada, en 1984, cuando yo, al año de leer mi tesis me presenté a las Pruebas de Idoneidad para Profesora Titular de la Universidad de Alcalá, vía que, en ese año sustituyó a las oposiciones, defendió mi currículum frente a las lógicas reticencias de otro miembro de la comisión evaluadora, que me consideraba aún con

escasa experiencia. Naturalmente, esto lo supe mucho después, y no por María Eugenia.

Le debo la participación en diversos congresos y seminarios, en cuyo comité de organización participaba y a los que me insistió en que asistiera. Y también a otros a los que la convencí de que no era mi tema y no fui.

Pero, sobre todo, fue muy generosa como editora. María Eugenia era lectora insaciable, muy especialmente de novelas, y amante de los libros. Esa bibliofilia la trasladó, exitosamente, a su labor como editora, primero para *Crítica* y, más tarde, para *Bellaterra*. En ambas dio cabida, no sólo a traducciones de autores extranjeros consagrados, con lo que facilitó su acceso a profesores y estudiantes poco fluidos en la lengua inglesa, sino, lo que más le he agradecido, animó a publicar a investigadores españoles, proporcionándonos de este modo un vehículo para hacer visible nuestra investigación. En mi caso, al menos, sin trabas ni cortapisas, ni condiciones sobre enfoque o contenidos.

En *Bellaterra* publicó ella misma una de sus obras más redondas: *Comercio y colonialismo en el Próximo Oriente Antiguo*, fruto de sus exhaustivas y rigurosísimas lecturas de años, sobre la organización y funcionamiento del comercio en el Mundo Antiguo, el estatus de los comerciantes, los lugares de mercado, los barrios mercantiles y su funcionamiento.... Temas todos ellos sobre los que se preparó a fondo y con seriedad, para impartir sus seminarios del master en la Pompeu Fabra. De nuevo, el libro fue un éxito, ha sido reeditado y traducido al inglés.



La Dra. Dña. María Eugenia Aubet y la Embajadora de España en Beirut, Dña. Milagros Hernando Echeverría, durante el acto de concesión a la primera de la Gran Cruz de Isabel la Católica, por su destacada labor en la investigación y salvamento del Patrimonio Arqueológico en Líbano (foto: M. Ruiz-Gálvez Priego).

Fundó también la monografía *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, donde vieron la luz monografías imprescindibles para el conocimiento de la Arqueología Fenicio-Púnica, como el cementerio fenicio de Achziv, la Tumba Familiar 1 de Achziv, la necrópolis fenicia de El-Bass en Tiro, el depósito de Jatt, las estelas funerarias de la Edad del Hierro de El Líbano... y tantas más obras fundamentales. ¿Cómo le daba tiempo para tanta y tan provechosa actividad?... Era para mí un misterio

Gracias a sus amplísimas relaciones, nacionales e internacionales, los alumnos del Laboratorio de Arqueología que ella fundó en la Pompeu Fabra, tuvieron el privilegio de escuchar a lo más granado de la profesión. Recuerdo entre ellos a Michal Artzy, a Susan Sherratt, a Bernard Knapp o a José Ángel Zamora y que me perdonen aquellos cuyo nombre he olvidado por descuido.

María Eugenia tuvo puestos de responsabilidad y de poder académico. Pudo haber hecho uso de él en favor de los suyos y/o en contra de sus adversarios, pero no lo hizo. Y eso la engrandece a mis ojos.

Por ello, siento que es una verdadera pena que nadie continúe su labor en la Universidad en la que impartió la docencia durante más de un cuarto de siglo y a la que prestigió con su investigación y con los premios y distinciones a los que se hizo acreedora.

Fue también una anfitriona generosa. Por su casa de la calle Enrique Granados pasamos muchas amigas. También, gracias a su hospitalidad y a la de su hermana, por la casa del Montseny.

En 2016 me invitó a participar en la campaña de excavación en la acrópolis de Tiro. Por supuesto, la invitación era un privilegio. Pero tardé tiempo en comprender que había más razones que las arqueológicas en su invitación.

María Eugenia era muy tímida. Le horrorizaba el protagonismo y la idea de presumir o de recibir distinciones. Pero la embajadora de España en Beirut había solicitado para ella y se la habían concedido, la Gran Cruz de Isabel la Católica, por su relevante trabajo de investigación y salvamento del Patrimonio Arqueológico en el Líbano. María Eugenia, por supuesto, no nos había dicho nada. Pero un viernes nos anunció que el día siguiente sólo se trabajaba media jornada, porque después de comer vendrían unos taxis a recogerlos para ir a Beirut a un acto en la embajada. Como no lo sabíamos, nadie había traído ropa adecuada para una recepción en una embajada y allá nos presentamos en un maravilloso palacete de estilo otomano lleno de antigüedades, en el mejor barrio de Beirut, una panda de desharrapados. Naturalmente, aunque no lo dijera, el acto la emocionó. Tanto, que me hizo mandarle todas las fotos que había tomado de ella durante el evento.

Quizá por su timidez o por su mentalidad germánica y eficiente, no sabía delegar. Se ponía nerviosa si no lo hacía todo ella. Era incapaz de aceptar que la perfección es sólo un anhelo inalcanzable de los imperfectos humanos.

Gracias, María Eugenia, por haberme honrado con tu amistad.

Descansa en Paz.